

Precauciones *post mortem* del señor Gath

Un inglés excéntrico preparó cuidadosamente su regreso de la muerte para el caso de que, en un descuido, lo sepultaran con vida. Sucedió en Buenos Aires y, a pesar de los recaudos adoptados, no se tienen noticias de que el desconfiado británico haya logrado salirse con la suya.



Alfredo Enrique Gath, nacido en Inglaterra en 1852, emigró a la Argentina en 1866. Al comienzo consiguió emplearse en un almacén (tienda de comestibles), pero algún tiempo después se asoció con un señor que, proveniente de la provincia de Santiago del Estero, residía en Buenos Aires. Al unir su apellido al de este Lorenzo Chaves, el inglés dio origen a una de las firmas comerciales de más dilatada fama de la Argentina reciente: las tiendas Gath & Chaves. Las grandes tiendas, esa modalidad comercial tan típicamente burguesa, florecieron con gran fuerza en la Buenos Aires de fines del siglo pasado. Conocieron su momento de esplendor entre 1900 y la Segunda Guerra Mundial y, por fin, comenzaron a declinar hasta eclipsarse misteriosamente. Ninguna de entre ellas fue tan poderosa y nombrada como la casa Gath & Chaves, que alzaba su monumental edificio en la céntrica esquina de Florida y Cangallo. Mister Gath tomó la dirección de la empresa, de regreso

de un viaje de negocios por Europa, en 1902, y se mantuvo a su frente hasta que falleció, en 1936. En ese lapso la condujo a ocupar el primer lugar entre los establecimientos de su tipo en la capital argentina, al conjuro de un eslogan que cualquier persona conocía en esos años mejor que el abecedario: «Gath & Chaves lo tiene».

La previsión de mister Gath

Al morir don Alfredo Gath no dejaron de surgir comentarios respecto de ciertas aprensiones que lo tenían visiblemente preocupado. En vida, don Gath había temido por la posibilidad de que lo sepultaran en estado de catalepsia. Hizo preparar, pues, un ataúd dotado de un dispositivo eléctrico que le permitiría abrir el cajón desde el interior, por medio de un pulsador. Tras el óbito, este pulsador fue colocado en una de las manos del cadáver. El mismo artificio servía también para abrir la puerta de la bóveda mortuoria que había sido preparada para recibir sus despojos. Tantos recaudos, al parecer, resultaron vanos. Se ve que don Gath estaba indefectiblemente muerto, porque hasta la fecha sus restos mortales descansan aún en su panteón de la sección 11 de la Recoleta, el original cementerio del Norte, en Buenos Aires.

Privatizan resurrecciones

«Don Manuel Díaz ha pedido concesión a la Intendencia (Ayuntamiento) para colocar aparatos eléctricos en el cementerio de la Recoleta, que servirán para llamar a los peones del mismo cuando así lo necesiten los respectivos propietarios (*n. de r.: ¿se referirá a los vivos o a los muertos...?*). Pide privilegio por veinte años y cobrará cincuenta centavos por aparato.»

De La Revista Técnica, Año IV, N° 78, Buenos Aires: 15 de febrero de 1899.

Un hombre enfermo en lucha contra las ratas

De *Comentarios reales de los incas*, por el Inca Gracilazo de la Vega, Libro IX, Cap. XXII, t II, p. 262. Edición al cuidado de Angel Rosenblat. Emecé Ed., Buenos Aires, 1945.

De Hernán Bravo de Laguna «se hace mención en las historias del Perú», asienta el Inca Gracilazo. Es decir, que era célebre; y al enfermarse en un barco infestado de ratas se convirtió en un paciente célebre. Además, el bravo de Bravo supo hacer honor a su apellido al ser atacado por los voraces roedores, de los que mandó casi 400 al otro mundo.

«De la multitud (de ratas que había en los barcos españoles) se me ofrece un cuento extraño, por el cual se verá las que andan en los navíos, mayormente si son navíos viejos; atrévome a contarlos en la bondad y crédito de un hombre noble, llamado Hernán Bravo de Laguna, de quien se hace mención en las historias del Perú, que tuvo indios en el Cozco, a quien yo se lo oí, y fue que un navío que iba de Panamá a los Reyes (El Callao) tomó un puerto de los de aquella costa, y fue el de Trujillo. La gente que en él venía saltó en tierra a tomar refresco y a holgarse aquel día, y otro que el navío había de parar allí; en el cual no quedó hombre alguno, si no fuese aqueste enfermo, que, por no estar para caminar dos leguas que hay del puerto a la ciudad se quiso quedar en el navío, el cual quedaba

seguro, así de la tempestad del mar, que es mansa en aquella costa, como de los corsarios, que aún no había pasado Francisco Drac (Francis Drake), que enseño a navegar por aquel mar y a que se recatasen de los corsarios.»

La batalla

«Pues como las ratas sintiesen el navío desembarazado de gente salieron a camppear, y hallando al enfermo sobre cubierta le acometieron para comérselo; porque es así verdad que muchas veces ha acaecido en aquella navegación dejar los enfermos vivos a prima noche y morir sin que lo sientan, por no tener quién les duela (defienda), y hallarles por la mañana comidas las caras y parte del cuerpo, de brazos y piernas, que por todas partes los acometen. Así quisieron

hacer con aquel enfermo, el cual, temiendo el ejército que contra él venía, se levantó como pudo y tomando un asador del fogón se volvió a su cama, no para dormir, que no le convenía, sino para velar y defenderse de los enemigos que le acometían; y así veló el resto de aquel día y la noche siguiente, y (al) otro día hasta bien tarde, que vinieron los compañeros. Los cuales, al derredor de la cama y sobre la cubierta y por los rincones que pudieron buscar, hallaron trescientas ochenta y tantas ratas que el asador había muerto, sin otras muchas que se le fueron lastimadas.»

«El enfermo, o por el miedo que había pasado o con el regocijo de la victoria alcanzada, sanó de su mal, quedándole bien que contar de la gran batalla que con las ratas había tenido.»